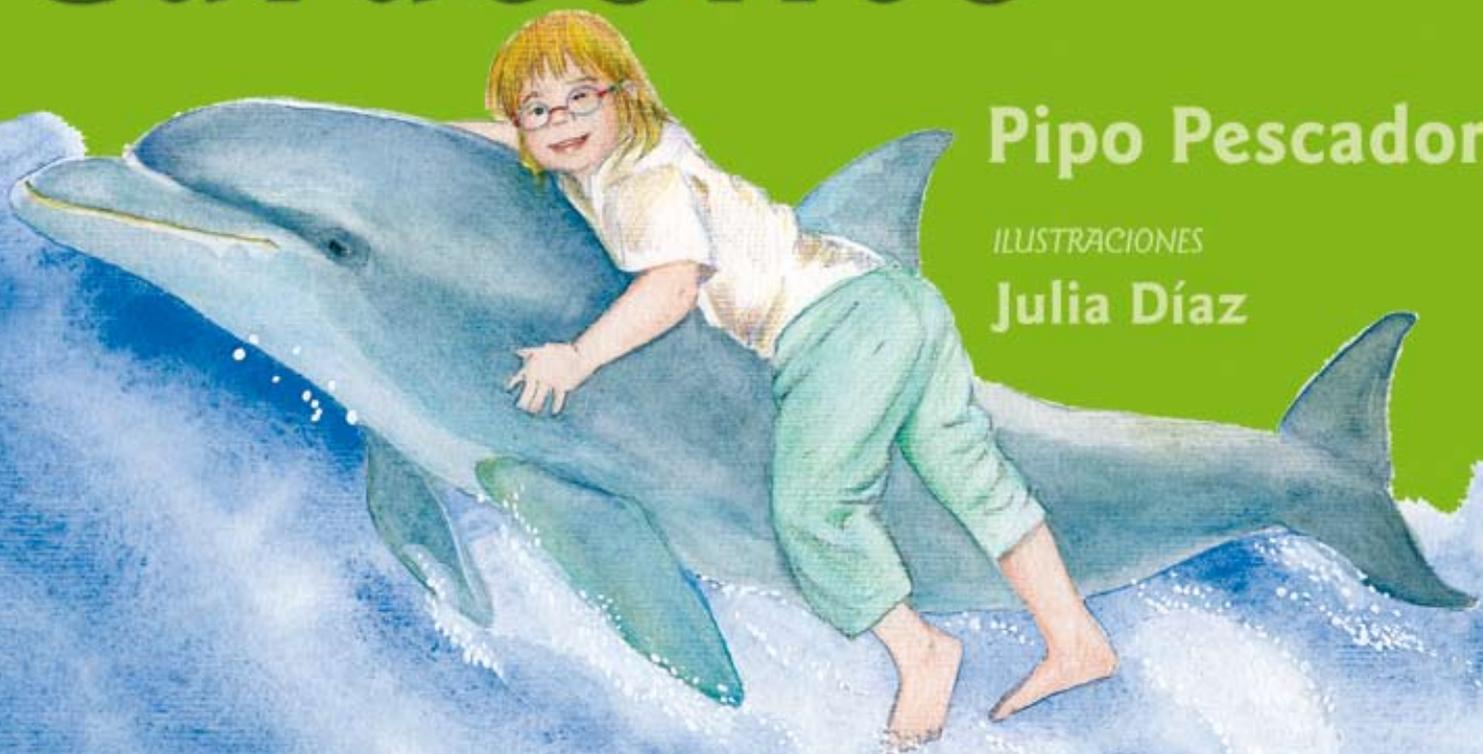


# M a r í a Caracolito

Pipo Pescador

ILUSTRACIONES

Julia Díaz







# Pipo Pescador es Enrique Fischer

© 2008 Enrique Fischer, de los textos

© 2008 Julia Díaz, de las ilustraciones

Derechos cedidos por los propietarios del copyright para esta edición a



Colabora en la edición

**DIPUTACIÓN DE CIUDAD REAL**

Imprime: Imprenta Provincial, Ciudad Real

Depósito legal: CR-229-2008

*Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra,  
por cualquier medio, sin la expresa autorización  
de los propietarios del copyright.*

ARÍ  
W  
Caracolito

Pipo Pescador [textos]

Julia Díaz [ilustraciones]



**A Victoria Bulit Goñi**





## La **Asociación Síndrome de Down a- down**

agradece:

*A Pipo Pescador y a Julia Díaz* su generosidad al permitirnos hacer esta edición de **María Caracolito**.

*A Carmela Fischer Díaz*, su colaboración.

*A Nemesio de Lara Guerrero*, Presidente de la Diputación Provincial de Ciudad Real por hacerla posible.

*A Matías Barchino Pérez*, profesor y Vicedecano de la Facultad de Letras de la Universidad de Castilla-La Mancha que pensó en nosotros al leer “María Caracolito”.

# Agradecimientos

*A Marita Bertolini*, infatigable consejera que respondió pacientemente mis preguntas y puso todo su saber a mi servicio. Sin su ayuda me hubiera sido imposible escribir este libro.

Porque además de saber, fue capaz de “hacer fáciles” las informaciones, le brindo mi reconocimiento infinito.

*A Belén Aurora Boggini*, cuya carita inspiró la imagen de María Caracolito.

*A Liliana Goldberg*, la primera “Caracolito” de mi vida.

*A Verónica y Pablo Recchia*.

*A Mirta Tesolín de Rey*.

*A Lili y Jorge González Manent*, padres que me contaron anécdotas y me prestaron su experiencia, para entender mejor.

*A la Asociación Delfín Mediterránea de Cadaqués*.

*Al Delfinario “El Laguito” de Varadero, Cuba.*

*Al Delfinario Octopus de Tenerife.*

*Al Dolphin Research Center y Dolphin Plus de Florida, que trabajan abriendo nuevos senderos, para los niños con capacidades diferentes.*

*A A.S.D.R.A. que colaboró para que el proyecto se pudiera realizar y me ofreció todo lo que fui necesitando.*

*A todos los que luchan por la integración, en las escuelas, en las instituciones y en... sus propios hogares.*

*A “Chispa” el perro de mi abuelo Ernesto, ladrado jugueteón de mi infancia.*

# M Aviso a los lectores adultos

María, no es más que un libro de escenas, que narra momentos de la vida de una niña diferente. Para escribirlo, me he informado ampliamente y he tratado de crear un personaje representativo.

Esto no significa que esta niña pueda ser considerada un prototipo, ni que este libro tenga la intención de aportar conocimientos sobre el tema.

La única fuerza que me mueve al publicar estas páginas es el deseo de que las personas comunes, especialmente los niños, tengan un encuentro afectuoso y emocional con María Caracolito y su realidad.

Quien conoce puede amar; quien ama, acepta al otro como es. ¿Adónde llegará María Caracolito, si confiamos en ella de “verdad” y se lo hacemos sentir?

Yo espero todo de los niños, sean diferentes o comunes; por eso les he dedicado mi vida. Para mí hay uno sólo niño posible: el que tiene futuro abierto. La niñez es eterna, pero nadie debe habitarla para siempre.

Los niños tienen que crecer.

**Pipo Pescador**

## María Caracolito

María Caracolito  
camina lento,  
como un barco de vela  
con poco viento.

María Caracolito  
habla cerrado;  
ya aparecerá la llave  
del candado.

Como pétalo que cae  
de una rosa,  
asoma su lengüita  
silenciosa.

Bailan, juegan,  
pintan un garabato.  
Todos en un instante.  
Ella en un rato.

Los ojos tras las lentes  
de cristal,  
son botones de nácar  
en su ojal.

María Caracolito  
camina y no vuela.  
Tal vez le crezcan alas  
en la escuela.





## El nacimiento

Federico y Matías no estaban muy de acuerdo con el nacimiento de un nuevo hermano.

—Nosotros dos nos entendemos perfectamente —comentaba uno, mientras miraba de reojo la panza de su madre.

—En el mundo todo es para dos: los asientos en los autobuses, los helados grandes en copa, que traen dos cucharas... ¡Para tres no hay nada!

—aseguraba el otro.

—¿Y si es una niña —preguntó la madre, que estaba terminando de preparar el puré.

—¡Peor! —dijeron los dos al unísono.

—Una niña es un problema; no juega al fútbol,

no sabe pescar, llora por todo —respondió Federico con tono de experto en mujeres.

Una mañana muy temprano, mamá y papá salieron rápido hacia la clínica, recogiendo al pasar una maleta que, preparada de antemano, esperaba junto a la puerta.

Cuando los chicos se despertaron, la abuela les contó que el hermanito iba a nacer en cualquier momento.

Bastó que el teléfono sonara una vez, para que Federico se lanzara sobre él.

—¡Sí papá, sí papito, sí papá! —repetía el niño.

—¡Dame ese teléfono! —ordenó la abuela.

Los grandes siguieron conversando, pero

Federico tenía las últimas noticias, y pensaba sacarles provecho.

Comenzó a caminar por el piso con cara de circunstancias, mientras el pobre Matías lo seguía como si fuera su sombra, a la espera de datos.

—¡Es...unnn...na niña! —informó arrastrando las palabras para hacer todo más misterioso.

María había llegado al mundo.

—¡Las niñas son muy complicadas!... —repitió Federico.

—¡Y muy dulces y muy buenas compañeras!

—corrigió la abuela que ya había cortado.

En ese momento, ni la abuela ni Federico se

daban cuenta de la razón que tenían al decir eso. Porque la hermana que había nacido, según se irá viendo en este libro, sería buena, cariñosa... y complicada como nadie.

Paseo en la plaza. Una señora saluda a Caracolito.

—¡Adiós bebé!...

—Yo no soy bebé, soy María.

## Chupetes

**E**nganchados en la cuna de María hay un collar de chupetes.

Uno de cada color, parecen flores de goma, con sus pétalos redondos de plástico.

El médico aconsejó que María use chupete durante mucho tiempo, ya que éste la ayudará a fortificar los músculos de la boca.

A la niña le cuesta cerrarla bien y a veces la lengua asoma sola.

También tiene dificultades para succionar del pecho de su madre, porque le falta fuerza en los labios.

María necesita ejercitar los músculos que utilizará para articular las palabras.

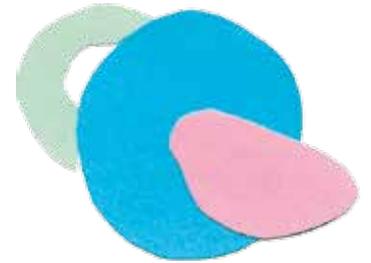


Mientras tanto, la niña se hace entender de una manera diáfana. Es muy cariñosa y sonrío a todo el mundo. Con mucho esfuerzo y funciones de teatro improvisadas frente a la cuna, la madre logró que María acepte los chupetes.

Hoy para ella son sagrados, los conoce uno por uno y no deja que nadie los toque.

Ha ejercitado una rara especialidad en la que es campeona mundial: lanzar los chupetes por el aire. Al principio sólo lograba expulsarlos de la boca, pero con el tiempo se ha perfeccionado tanto, que los chupetes vuelan como “ovnis” por la habitación.

María tardará un tiempo en hablar, pero el día que empiece, parecerá una radio.



## El cachorro

E

l veterinario llamó al timbre.

Traía un regalo “secreto” del padre para los chicos.

El obsequio se hizo pis en el ascensor y mojó el suelo. Matías y Federico gritaban de alegría.

—¡Un perro, un perro!...

María descansaba en su cuna tranquilamente, con su manita de dedos cortos apoyada en la almohada.

La familia en pleno rodeaba al animal que, apenas sostenido por sus débiles extremidades, movía la cola en señal de amistad.

Parecía una función de circo con un cachorro payaso.

—Es un dálmata —dijo el veterinario con aires de maestro.

—No, no es un dálmata porque no tiene manchas —aseguró Federico.

—Los dálmatas nacen sin manchas y luego van apareciendo con el tiempo —afirmó el doctor.

Matías lo miró con cara de poca paciencia. No parecía dispuesto a esperar demasiado por las manchas.

—Me gustaría que fuera un perro a lunares

—insistió—. Si es dálmata tiene que estar pintado como un huevo de codorniz.

El cachorrito repartía lengüetazos de afecto a todo el mundo, mientras los chicos le buscaban los orígenes de las manchitas entre los pelos, como si quisieran encontrar pulgas.

—¿Tardarán mucho? —volvió al ataque Matías—.

¿Cuánto tiempo?

—Unos días, niños, unos días —los tranquilizó el doctor.

Matías terminó el incidente con un comentario que dejó estupefacta a la familia:

—Hasta que no tenga manchas ni lo pienso mirar.



Es un perro dálmata raro.

Mamá fue a calentar leche para el recién llegado, que miraba con cara de “me deben y no me pagan”.

El veterinario se retiró sintiéndose algo culpable de que los perros dálmatas no nacieran con el pelo como un tablero de ajedrez.



## El bautismo

**M**aría tiene más de dos años y aún no camina.

Hay que llevarla en brazos a todas partes. Papá está seguro de que en cualquier momento se decidirá. Mientras tanto, pesa como un diccionario.

Es un día de verano y la familia está en el parque con el perro.

Disfrutan de la casa más amplia que existe. Los muebles son los árboles, las baldosas del suelo son césped blando y el techo, cielo azul con nubes.

Mamá ha puesto un mantel en el suelo y organiza la comida.

María gatea mientras sus hermanos exploran la zona con el cachorro.

El perro está tan alegre y tan cansado, que la lengua y la cola tienen la misma longitud.

—Este animal será sabueso —comenta Federico.

El cachorro comienza a ladrar nervioso y da mordiscos



en el aire como queriendo atrapar algo que hay entre las plantas.

Los niños acuden al lugar indicado y pronto traen un caracol.

—¡Papá, encontramos un caracol!...

—¿Será más lento que María? —pregunta la madre.

—Pronto lo sabremos —asegura el padre—. ¡Comienza la carrera entre María y el caracol!... ¡Uno, dos y... tres! Es la carrera más aburrida del mundo. Los contrincantes no avanzan nada. La niña gatea en cámara lenta y el molusco no tiene prisa.

Cuando el almuerzo está listo, se da por terminada la carrera y proclaman ganadora a María, que lleva unos centímetros de ventaja.

A partir de ese día, la llamaron: “Caracolito”.

## Nombres

**E**

El príncipe fue bautizado  
Juan, Genaro, Hugo, Matías,  
Lorenzo, Fabio, Carmelo,  
Alfonso, Luis, Jeremías,  
Enrique, Augusto, Roberto,  
Agustín, Eduardo, Otto,  
pero el pueblo lo llamaba  
respetuosamente, Toto.

# El caracol

¿Será que el caracol  
camina lento?...  
Mientras pasea  
consigue su alimento.  
A la noche recorre  
todo el huerto.  
Antes de salir el sol  
ya está cubierto.  
Tiene su vida  
bien organizada;  
agua, hojas, sombra,  
no le falta nada.

Es como es.  
Caparazón en espiral.  
No tiene pies.  
Adonde quiere llega igual.  
Hay algo que hace  
daño al caracol:  
cuando un niño  
lo expone al fiero sol.  
La sombra es para él  
fundamental.  
Si secas su humedad,  
le causas mal.



¿Será que el caracol  
camina lento?  
Vive, tiene hijos  
y encuentra su sustento.  
Hace todo muy bien.  
Sin ansiedad ni prisa.  
¿No será que su tiempo  
es otro tiempo?  
El reloj nuestro es un ciclón.  
El de él es brisa.

**M**aría Caracolito ha aumentado de peso.  
—Cada vez está menos flaca —dijo Matías, observándola.

—La tía Rosa le da demasiados dulces —afirmó papá.

Y no se equivocaba. La señora parece una confitería con patas cuando viene de visita.

María Caracolito es una niñita que inspira protección. Sus tiernos ojitos son rasgados y sus orejas pequeñas y redondeadas.

Habla muy poco, ha reemplazado el lenguaje oral por un efectivo trabajo de mímica, que disipa cualquier duda.

Basta que extienda sus manitas y ponga cara

de deseo insatisfecho, para que nuestra querida tía abra su maleta mágica, y la colme de galletas, chocolates y caramelos.

Como María Caracolito es insaciable, decidieron consultar al doctor.

—Dieta —dijo, mientras le palpaba la rolliza pancita y le apretaba dulcemente el cuellito con los dedos en pinza.

A la tía Rosa le han prohibido



poner alimentos en la boca de la niña.

—María Caracolito no está gorda, está rellena,  
nada más... —se justifica.

El papá y la mamá la miran con cara de pocos  
amigos.

—¡Dieta quiere decir dieta!... —ruge el papá.

La orden emergida del “comando superior” se  
cumplirá con muchas... dificultades.

# V Comer

ino en copa.

Agua en vaso.

Sopa en plato hondo.

Carne en plato llano.

Cuchillo en mano derecha.

Tenedor en la otra mano.

Al comer boca cerrada.

Al cortar los codos bajos.

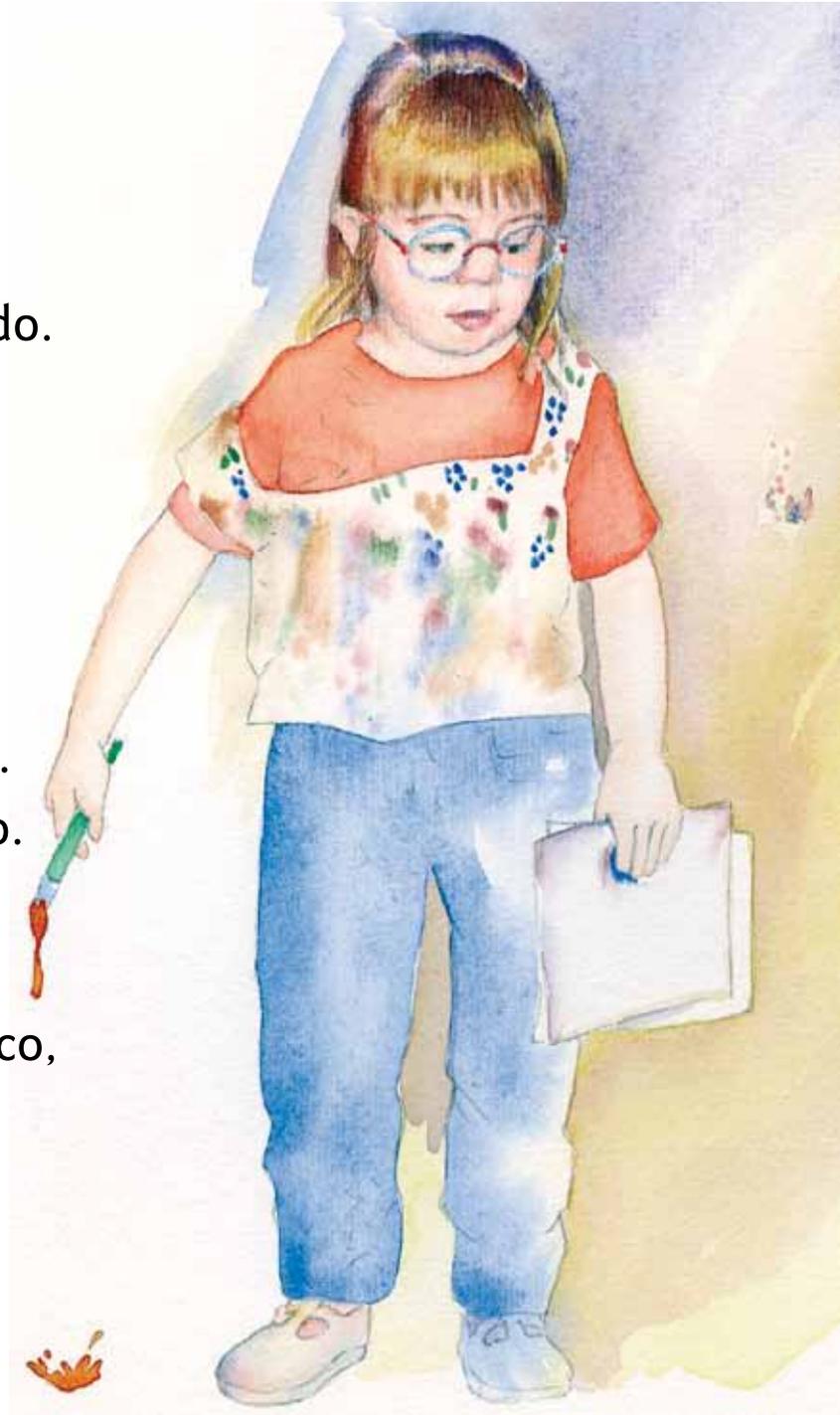
De una vez empiezan todos.

Se habla y se come despacio.

Servilleta en la boca,  
antes de beber un trago.

Comer bien no es comer poco,  
ni tampoco demasiado.

Es comer con alegría  
sano, rico y variado.



## Manchas

**E**l cachorro crecía rápidamente. Parecía que lo inflaban como a un globo.

Bebía leche como un ternero, y comía alimento sólido como un león... pero no tenía manchas como un dálmata.

Cada mañana, Federico y Matías revisaban cuidadosamente al perro, y lo zarandeaban como masa de pan. Lo ponían patas para arriba y patas para abajo y siempre terminaban decepcionados.

—No tiene ni una sola mancha. Este perro es feo  
—lloriqueaba Matías decepcionado.

Papá llamó a algunos amigos que tenían perros de la misma raza, e hizo todas las averiguaciones necesarias.



Cuando estuvo seguro de que el perro no evolucionaba a la par de sus semejantes, llamó al veterinario.

El veterinario lo revisó, y les dijo a los chicos que se trataba de un caso bastante raro: un cachorro de raza dálmata que no tenía manchas como sus iguales.

—¿Puede haber dálmatas sin manchas?...

—preguntó Matías.

El doctor explicó que el perro había nacido así, tal vez hubo una alteración genética... en fin, que se trataba de un dálmata diferente a los otros. Era posible que nunca tuviera manchas.

—¿Y si le pintamos unas chispitas negras con pincel? —preguntó Matías.



—No creo que sea una buena solución —dijo el papá—. La pintura puede dañarlo, o simplemente con el tiempo se borrará. ¿No les parece mejor aceptarlo como es?

—¡Chispitas...! ¡Chispa!... —balbuceaba mamá con cara de felicidad—. ¿Podríamos llamarlo Chispa?

—¿Qué les digo a los chicos cuando me pregunten por qué no tiene manchitas si es dálmata? —insistió Matías.

—Les dirás que así es tu perro, que lo quieres como es, que no piensas cambiarlo, y que además te sientes orgulloso de tener un perro diferente a todos —dijo papá.

María se despertó con la panza vacía.



## Las gafas

Un día, Federico se dio cuenta de que su hermana no veía bien. Caracolito dudaba al entrar en la cocina, cuando las baldosas cambiaban de color.

A menudo, adelantaba la pierna derecha para asegurarse de que el suelo estaba firme. Otras veces, estiraba el brazo hacia adelante y caminaba como si la habitación estuviera a oscuras.

La llevaron al oculista:

—¡Vamos María, apoya el mentón aquí, como te dice el doctor!...

Sus ojitos se ponen aún más pequeños cuando tiene que mirar algo fijamente.

En el consultorio del oculista, la niña se aburre. Los grandes hablan de miopía y María Caracolito no se entera de nada.

Todo cambia cuando el doctor la hace sentar frente a un cartel luminoso lleno de dibujitos que representan frutas, animales y juguetes. —¿Qué fruta es esa? ¿La ves más clarito con este cristal o con este otro? —dice el doctor, mientras cambia las lentes que saca de una caja hermosísima forrada en terciopelo azul.

La niña tiene puesta un armazón enorme que apenas cabe en su cara.

Según los cristales que le tocan en suerte, la manzana se borrona como tinta húmeda, el conejo desaparece, se aleja o se acerca.

María Caracolito está encantada. No hay manera de quitarle el armazón.

La mamá le explica que otros niños esperan su turno y que hay que irse.

En la mano tiene un papel pequeño con unos garabatos que indican cuál es la graduación correcta de las gafas. Cuando papá llegó al otro día con el estuche dorado, María Caracolito estaba muy excitada.

Creía que cuando se las colocara, aparecerían los dibujos divertidos que le había mostrado el doctor.

Antes de cenar, la familia mira televisión y hay dos personas que llevan gafas: papá y, ...¡oh privilegio maravilloso!, María Caracolito.

Federico y Matías están un poco envidiosos.

Han visto la película “Superman” y recuerdan a Clark Kent, con sus enormes gafas; la máxima elegancia.

María Caracolito le regala los lentes a Matías; ella es así de generosa y desprendida.

Es justo aclarar que Matías ayudó a la decisión con un paquete de galletitas saladas.

El niño camina a ciegas con lentes de aumento que no necesita. Casi tropieza contra una puerta.

—¡Matías, devuelve inmediatamente las gafas a tu hermana! —ordena mamá.

Papá encuentra una solución. Les presta a los niños unos armazones viejos sin cristal.

La familia “Cuatro Ojos” mira televisión.

## Las gafas

A la nariz de un niño  
le han encargado  
un trabajo que nunca  
había soñado.

Además de respirar  
profundamente,  
debe soportar el peso  
de unos lentes.

Menos mal  
que le ayudan las orejas.  
Juntos, los tres sostienen  
el puente entre las cejas.  
Si el puente cae,  
el vidrio se desliza.

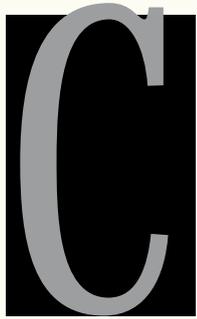
Las gafas contra el suelo

sufren una paliza.  
Un chico abrió la ventana  
y arrojó sus lentes nuevos.  
Enganchándose en un árbol,  
pronto desaparecieron.



Armazón y cristales  
se dieron por perdidos.  
Nadie pensó jamás  
que estaban en un nido.  
Las hojas le formaron  
una casa segura...  
Primavera y verano  
fueron paz y frescura.  
En otoño cayeron.  
Despertaron del sueño.  
Los encontró el vecino.  
Los devolvió a su dueño.  
Anteojos paloma mensajera  
no había visto en mi vida.  
Salieron volando por el aire  
regresando al punto de partida.

## Chispa



Chispa ha resultado un perro muy útil.

Su trabajo más importante consiste en ladrar cuando suena el timbre.

Es bastante tranquilo y, por momentos, perezoso.

Una noche, la mamá de María Caracolito fue a la cocina a beber agua.

Se encontró con un roedor y dio un grito llamando a su marido.

El marido silbó a Chispa, que estaba en su rincón durmiendo a pata suelta.

El animal no se comportó como un bombero, ni mucho menos.

Bostezó, se rascó el hocico, volvió a bostezar y se dirigió a paso lento, hacia el lugar del conflicto.

El ratón tuvo tiempo de refugiarse debajo de un mueble, pensar una estrategia para salvar su vida, y atravesar corriendo el suelo de la cocina. Finalmente salió por la puerta y trepó por una pared hasta alcanzar la ventana. Cuando Chispa llegó a cumplir con sus obligaciones de perro guardián, el ratón estaba lejos.

El papá tomó la decisión de mandarlo a un adiestrador que aceptara perros dálmatas sin manchas.

—Es un perro bravo, lo que ocurre es que le falta incentivo y disciplina —comenta orgulloso el padre.

El tema de las manchas es bastante pesado para el pobre animal. Todo el mundo pregunta lo mismo:

—Si es dálmata, ¿por qué no tiene manchas?...

Cansado, Matías inventó una respuesta genial:

—Porque se las borramos con una goma.

## Flor en jardín equivocado

**E**l primer jardín de infancia al que fue María Caracolito, resultó un fracaso.

Cuando mamá preguntó si María Caracolito podría ser aceptada como todos los chicos, le dijeron que sí.

Luego quiso saber si ayudarían “especialmente” a la niña cuando tuviera algún problema o necesitara algo que usualmente los otros chicos no necesitan; también dijeron que sí.

Los papás de la niña se aliviaron mucho cuando recibieron respuestas tan positivas, porque conseguir un lugar para Caracolito no era algo fácil. Pero la felicidad duró poco. Un día, la mamá acudió al jardín de infancia en mitad de la

mañana, para pagar la cuota que estaba atrasada; aprovechando un tiempo de espera, cruzó el patio en dirección al salón de los “gusanitos”, donde se encontró con una triste sorpresa.

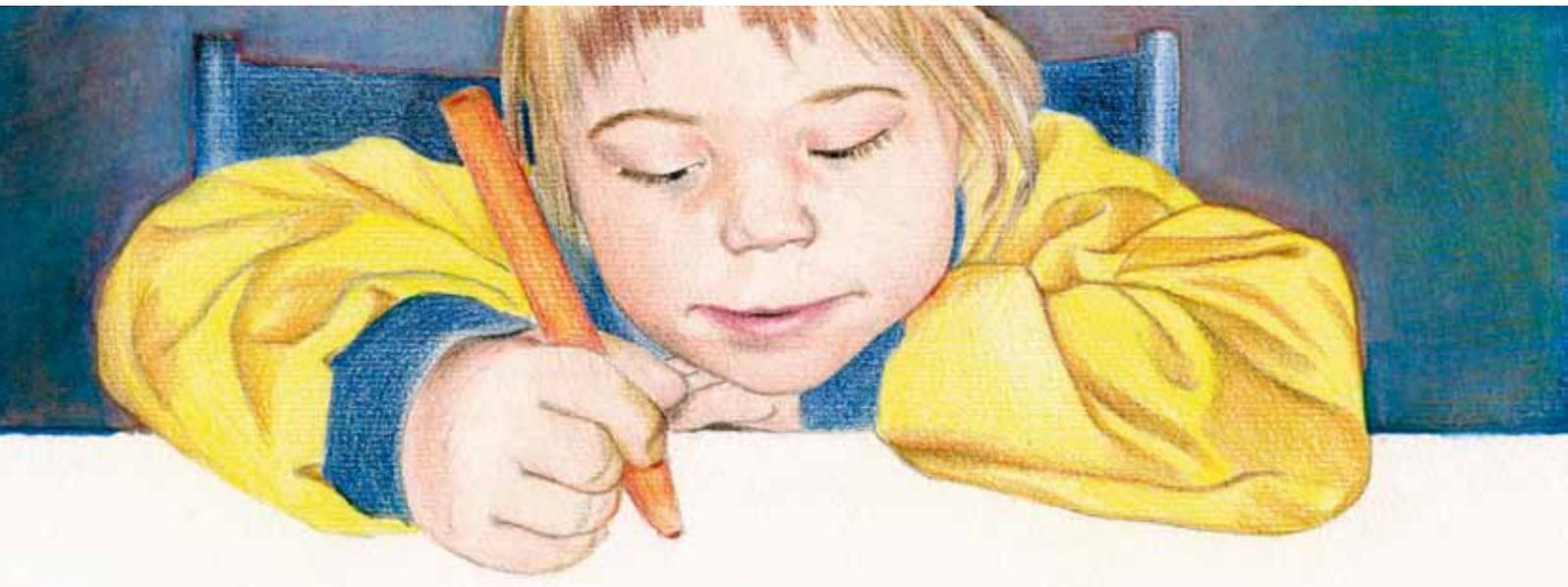
María Caracolito estaba completamente sola en el fondo del salón, con los deditos en la nariz y cara de aburrimiento, mientras la maestra y los chicos jugaban el juego de “ponerle la cola al burro” en la pizarra. María Caracolito acudía al jardín como los demás chicos, tenía la oportunidad de participar en todas las actividades, pero eso no era suficiente; nadie la ayudaba a superar las dificultades que aparecían. Si le costaba trabajo entender un juego, quedaba excluida. En poco tiempo, una niebla la aisló de sus compañeros. Estaba desprotegida.

—No quiero que mi hija permanezca en este sitio

—dijo la mamá— y tomándola de la mano se la llevó a su casa.

María Caracolito es una bella y delicada flor diferente a todas. Su mamá, sin querer, la había puesto en un jardín equivocado.

Una lástima, porque hubiera sido mucho mejor no tener que irse, cuando ya habían comenzado las clases. El cielo de otoño estaba oscuro; inmensas nubes grises ocultaban el sol.



## El jardín nuevo

Cuando María Caracolito llegó al nuevo jardín de infancia, los chicos estaban reunidos en un rincón del patio mirando una enorme mariposa negra de la noche, que dormitaba apoyada en la pared, semioculta por una maceta. Nicolás quería incitarla al vuelo, tocándola con una fina rama. María Caracolito, fascinada por las alas oscuras con lunares parduscos le dijo:

—¡Vamos, levanta vuelo, bella mariposa!

¡Bah!... eso es lo que pensó decirle, pero no lo que escucharon sus compañeros. A los oídos de los chicos llegaron unos sonidos incomprensibles.

—¿Qué dijo? —preguntó un chico rubio al que le decían “Pepe”.

—No entendí nada —replicó Nicolás.

María Caracolito habla cerrado. Es una caja de bombones sin abrir.

Sus ojitos pequeños y vivaces expresan casi todo lo que quiere decir, pero las palabras le salen confusas.

—Me parece que esa chica habla en inglés —dijo Sebastián.

De pronto la mariposa, desorientada, dio unos aleteos lentos y se levantó en el aire.

—Seño, esa niña habla en inglés —repitió Nicolás, dirigiéndose a la maestra, que había dejado de observarlos y se acercaba.

—No, Nicolás, habla en francés... —corrigió Pepe con aire de profesor de lenguas vivas.

## Soplando

**M**aría Caracolito va al consultorio de una logopeda, que la ayuda a hablar mejor.

Se llama Eleonora y es muy simpática.

—¿Qué haces con Eleonora mi cielo? —pregunta Tía Rosa.

—Charlar y tomar zumo —contesta la niña.

En realidad, ella ejercita los músculos que se necesitan para articular palabras. Una manera de lograrlo, es soplando.

Eleonora tiene todo un arsenal de objetos “soplables”.

Un día fabrica frágiles pompas de jabón para que el viento de María las lleve de viaje como globos transparentes.

Otro, deja caer gotas de aceite coloreado sobre el agua, y María Caracolito las hace navegar por la superficie del plato.



El juego preferido de la niña, consiste en soplar unas láminas pegadas en cartón, recubiertas por un telón de flecos.

Con el aire, éstos se levantan, dejando ver las figuras.

También hay molinillos.

A medida que se acerca el cumpleaños de María, Eleonora enciende velas para que la niña practique apagones

—¡Cumpleaños feliz...! —canta Eleonora—,  
y María Caracolito abre sus ojos con ansiedad,  
esperando el iuno, dos y... tres!, para descargar su  
soplido.

Hacen marcas sobre la mesa y cada día alejan la vela un poquito más para aumentar el esfuerzo.

Cuando llegó por fin el día de su cumpleaños, todos cantaron la canción y... ¡hubo soplidos varios!, porque María Caracolito quiso repetir el ejercicio con las velitas de la tarta

Fue el primer caso de “tarta caminadora” que se registró en el mundo.

## Tijeras



Los chicos del jardín están trabajando.

Recortan papeles. Es un trabajo muy entretenido, pero hay que tener cuidado, porque las tijeras pueden cortar. Todo

el mundo practica, poniendo los dedos en los ojos huecos de metal brillante. Se escucha un cuchicheo general de tijeras en movimiento. Para María Caracolito es bastante difícil. Desde hace tiempo asiste por las tardes a un taller especial, junto a otros chicos que, como ella, son diferentes.

Allí realiza muchas tareas que

la entretienen y se siente muy segura y tranquila.



Cuando aprende algo nuevo en el taller especial, se nota menos su lentitud, porque los demás, también son lentos. Pero en el jardín de infancia, sus compañeros parecen flechas en el aire.

La maestra auxiliar la ayuda a poner los deditos cortos en su lugar, ejerciendo presión con sus propios dedos sobre los de la niña, para que ella entienda cómo es el movimiento de abrir y cerrar.

Por algo la llaman Caracolito.

¡Ya puede mover la tijera!...

Ahora debe empujarla contra el papel mientras repite el movimiento recién aprendido.



¡Cuánto trabajo le cuesta coordinar las dos acciones!...  
Además, hay que utilizar la mano libre para sostener la  
hoja en su lugar.

¡Tres cosas a la vez!

—¡El papel no se queda quieto! —comenta.

El bueno de Manuel, se ofrece:

—¿Quieres que yo te lo tenga? —pregunta solidario.

—¡Papel!... ¡No te muevas! —ordena María Caracolito.

El que puede recortar, recorta, y el que no, desgarrar  
con los dedos.

El alegre resonar de las tijeras conversando, pone  
música al bello instante en que todos los chicos  
aprenden a vivir juntos.

## La mentira

**L**a maestra de María Caracolito tuvo que irse antes de tiempo, porque no se sentía bien.

La directora llamó a una suplente que enseña en primaria y estaba disponible. Se vio obligada a hacerlo, porque la auxiliar no va los martes, y los chicos no pueden estar solos.

Aunque la señorita Eva no conocía a ninguno, se hizo cargo de la clase. Pasaron unas horas bastantes tranquilas.

A la salida, los padres se amontonan en la puerta, esperando a sus niños como todos los días.

La mamá de María Caracolito se acerca a Eva.

—Busco a María.

La señorita la llama.

Caracolito acude. Mira a su mamá.

Su reacción es sorprendente.

—¡Esta no es mi mamá!... —grita en su media lengua.

La mamá de Caracolito queda paralizada de asombro. La maestra la mira sin saber qué hacer.

—¡Tranquila, señorita Eva, la señora es la mamá! Yo la veo todos los días —acota la portera que está observando.

—¡Caracolito, eres una mentirosa! ¿Cómo se te ocurre decir que no soy tu mamá? —repetía la buena mujer, mientras caminaban de la mano.

La lengua de Caracolito apuntaba hacia abajo y

los ojos hacia arriba. No hubo respuesta.

Esa noche, la familia en pleno comentó el incidente.

Papá miró fijamente a María Caracolito y le dijo:

—Tendrías que pedirle disculpas a tu mamá y prometerle que no volverás a mentir.

—Mamá... ¡me perdono! —dijo la niña.

Los niños del jardín de infancia se sientan a la mesa.

Cada cual saca su servilleta de la mochila y la coloca junto al vaso. Caracolito no tiene servilleta; mamá olvidó ponerla, antes de salir de casa.

Con toda naturalidad, María Caracolito saca de su bolsa una braguita bordada con puntillas y la dobla con esmero sobre la mesa, aplastándola con sus manitas rollizas.

## La pecera

**E**s un día como cualquier otro en el taller especial al que concurre María Caracolito por las tardes.

Allí se encuentra con otros chicos que al igual que ella, tienen rasgos orientales.

Sobre la biblioteca hay una pecera llena de peces de colores, y los niños la dibujan.

Aprovechando el descuido de alguien que abrió la puerta, Tato, el gato negro, entró al salón y fue directamente a su objetivo bélico: la pecera.

De un salto se colocó junto a ella. Su mirada daba escalofríos.



Algunos pelos de su lomo se habían erizado.

María Caracolito y sus compañeros, disfrutaban de un momento sereno y no prestaron atención al gato sinvergüenza, que estaba por volverse... pescador.

Con su manita de terciopelo comenzó a dar manotazos rápidos, intentando atrapar un pez sin mojarse.

Una de las maestras espantó a Tato con la toalla que tenía en la mano y salvó la vida de los nadadores.

Los chicos alborotaban, porque el gato maullaba y resoplaba rabiosamente amenazando con arañar.

Finalmente huyó refunfuñando.

La batalla había terminado. El arma que derrotó al gato negro fue una simple toalla.

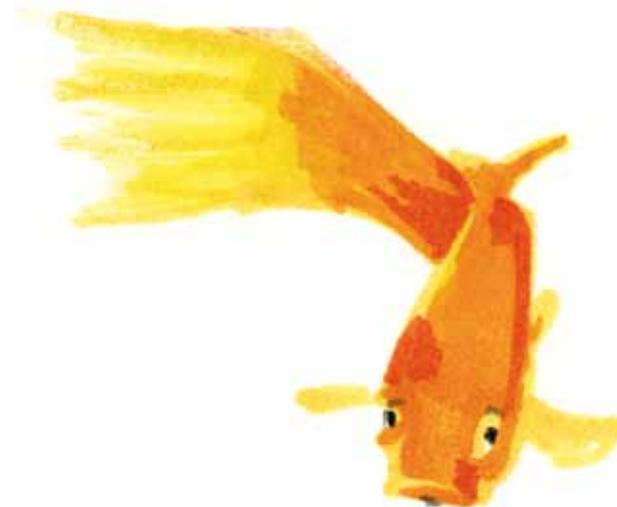
—Tranquilos chicos, Tato está bajo control, seguid dibujando.

Brenda ha hecho unos borrones con los lápices y la maestra le dice que está muy bien.

Juanjo logró dibujar una circunferencia perfecta y la maestra le dice que está muy bien.

María Caracolito hace garabatos en el borde de su papel y continúa dibujando sobre la mesa de madera.

Los peces siguen su viaje redondo dentro de la pecera, mientras Tato piensa una estrategia para volver a atacar.



## Mi gato negro

A mi gato negro  
lo tejieron las brujas.  
Se olvidaron de quitarle  
las agujas.

Están en los extremos  
de las patas  
ocultas en la espesura  
entre las lanas.

Mi gato negro tiene  
la columna derecha.  
Enojado la arquea.  
Se lanza como flecha.  
Si mi gato está bravo



se resfría;  
estornuda dos veces  
y te mira.

Si no te quitas pronto  
de su paso,  
te raya la cara  
de un zarpazo.

No le gusta que le toquen  
la cabeza.

Cuando el hambre lo acosa  
sube a la mesa.

## Cambio de casa

**L**a familia se cambia de casa. El papá consiguió una vivienda más grande; para que los chicos tengan su habitación y María Caracolito pueda dormir sola.

Federico y Matías están encantados.

María Caracolito no entiende muy bien qué significa eso de mudarse.

Cuando la mamá empieza a bajar todos los objetos que están en la estantería de los niños, ella se opone a cualquier movimiento de sus juguetes, y hay que convencerla de que el estante se volverá a armar tal como estaba.

Los canastos están repletos.

Uno ha quedado vacío, porque trajeron más de los necesarios.

Caracolito quiere meterse dentro del canasto y sus hermanos la secundan.

Mamá accede y permite que los hombres de la mudanza lleven a los niños a pasear en canasto, pero sólo hasta la puerta de calle.

Horas más tarde, la niña ayuda a su mamá a colocar todo en la estantería, que ha sido reconstruida en el nuevo hogar.

Meticulosamente, María va indicando el lugar exacto que tenía cada cosa en la casa recién abandonada.

La estantería luce igual que antes, como si la hubieran trasladado en una burbuja para

depositarla en su nuevo espacio, intacta.

Su memoria es prodigiosa.

Federico no encuentra la pelota de tenis.

—¿Dónde estaba en la casa vieja? —pregunta Matías.

—Detrás de la caja que tiene mis aletas de rana

—responde Federico.

—Allí mismo la encontrarán. María Caracolito me indicó que la colocara detrás de la caja de las aletas de rana —, comentó mamá que había escuchado la conversación desde la cocina.



## La mudanza

**M**e voy a mudar  
a una casa nueva.

A una nueva casa  
y a una nueva escuela.

Pero el sol que veo  
desde mi ventana,  
será el mismo sol  
que veré mañana.



Despido mis cosas  
les digo: ¡Hasta luego!  
En mi casa nueva  
las veré de nuevo.  
Guardo mis juguetes  
dentro de un canasto:  
un poco de risa  
y un poco de pasto.  
Un camión muy grande



se para en mi puerta  
y se va después  
con mi casa a cuestas.  
Y va por la calle  
como un caracol,  
y yo lo saludo  
sin decirle adiós.  
El sol se ha mudado  
ahora no lo veo.  
Se fue a otro barrio  
en el mismo cielo.  
Mi acera nueva  
me estará esperando.  
Me voy con mamá,  
ya me está llamando.

## La carrera

**M**aría Caracolito cabalga montada en Gitano, su alazán preferido, bordeando la línea de las olas.

La playa es una interminable pista blanca, y los cascos retumban mientras desmenuzan la espuma en miles de copitos de nieve que se desintegran en el viento.

Gitano va tan rápido que María Caracolito se siente volar.

Sus ojitos pequeños se cierran aún más, irritados por el viento, y son dos líneas de lápiz.

Chispa se mantiene a la par con enorme esfuerzo y emite ladridos cortos que parecen órdenes de carrera que Gitano obedece.

Los otros chicos se van quedando atrás.

La cara casi lisa del mar comienza a arrugarse.

La luz ha disminuido y un relámpago anuncia la tormenta.

Gitano sigue galopando bajo las primeras gotas de lluvia, y solamente aminora su marcha cuando cae un chaparrón.

Nicolás, Sebastián, Romina y Tomi llegan rezagados. El cielo está violeta como una uva.

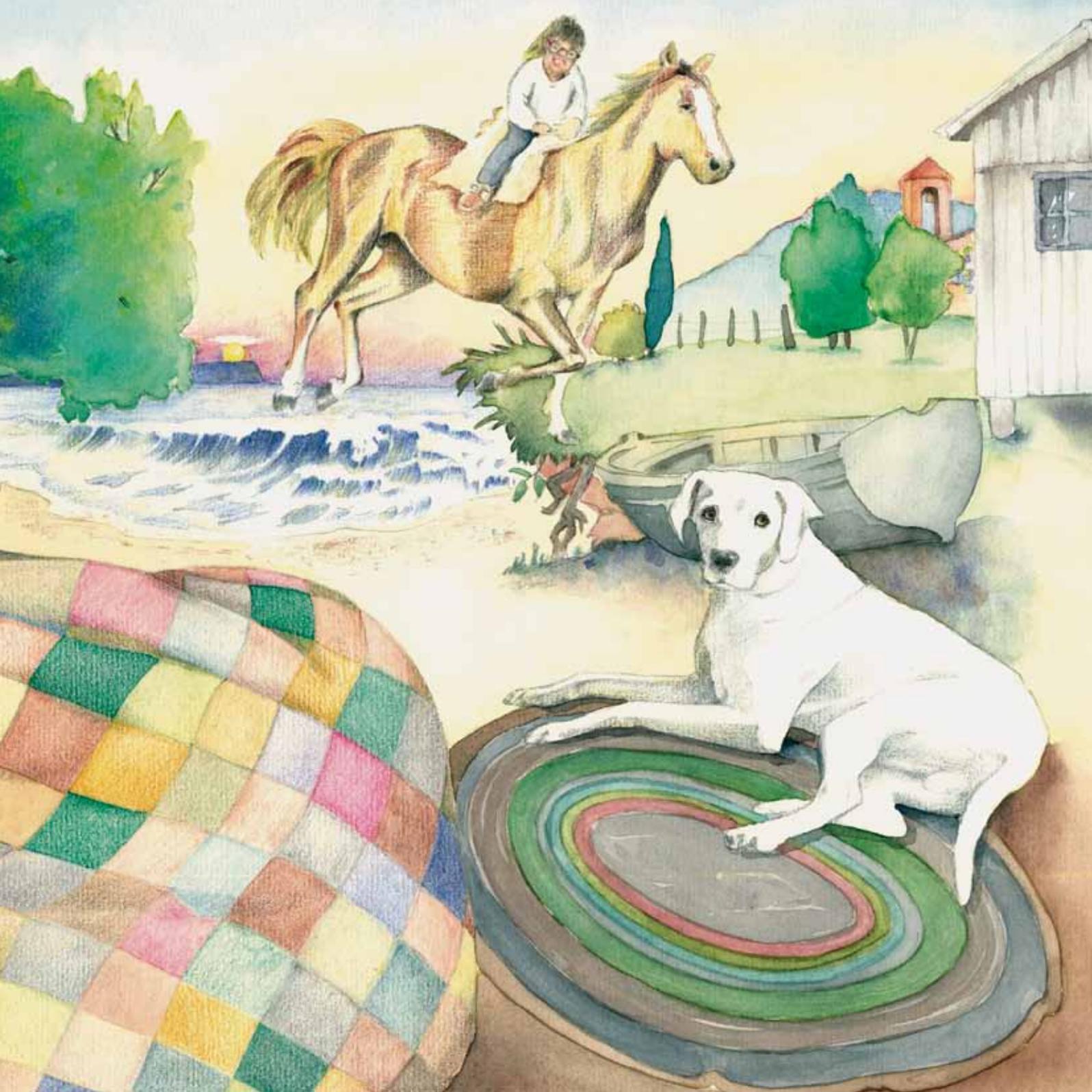
Los caballos cabecean saludando al agua fresca. Todos están empapados por igual y gritan de felicidad. Chispa se enjuaga cada tanto, temblando como si bailara a un ritmo frenético.

Caracolito sueña en su cama.

Chispa duerme a sus pies.

En el piso ha quedado abierto un libro de caballos, justo en la hoja en que Gitano retoza a la orilla del mar.





## El incendio

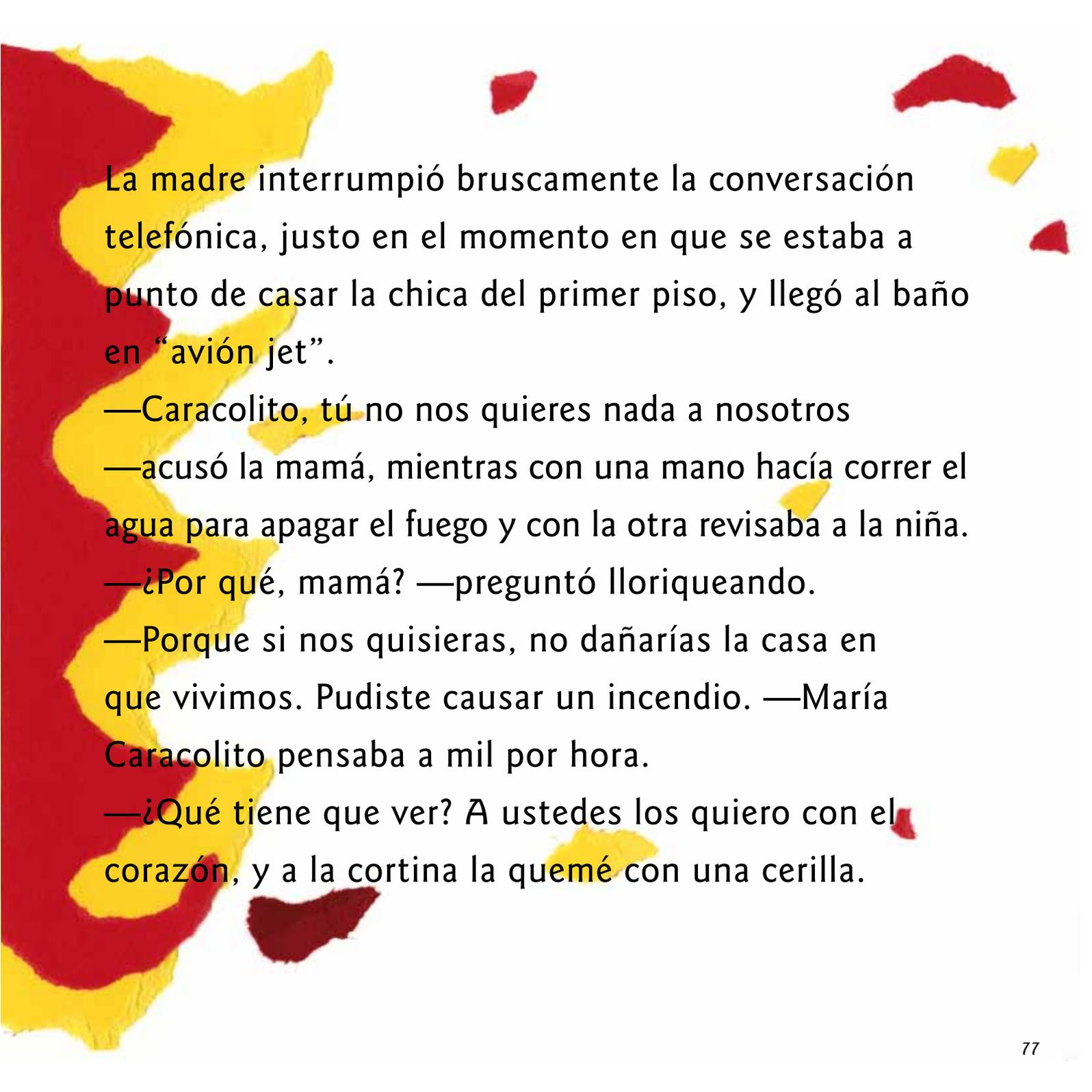
Una vez, María Caracolito hizo algo muy peligroso.

Estaba con su mamá en la cocina ayudándola a preparar la ensalada.

Aprovechando que sonó el teléfono y se quedó sola por un momento, tomó las cerillas del cajón.

Días antes había estado practicando para encenderlas sin quemarse.

Caja en mano, víctima de un repentino furor, Caracolito caminó hacia el baño, para prender fuego a la cortina de la ducha, que empezó a arder como hierba seca, despidiendo un humo negro y un insoportable olor a plástico.



La madre interrumpió bruscamente la conversación telefónica, justo en el momento en que se estaba a punto de casar la chica del primer piso, y llegó al baño en “avión jet”.

—Caracolito, tú no nos quieres nada a nosotros

—acusó la mamá, mientras con una mano hacía correr el agua para apagar el fuego y con la otra revisaba a la niña.

—¿Por qué, mamá? —preguntó lloriqueando.

—Porque si nos quisieras, no dañarías la casa en que vivimos. Pudiste causar un incendio. —María Caracolito pensaba a mil por hora.

—¿Qué tiene que ver? A ustedes los quiero con el corazón, y a la cortina la quemé con una cerilla.

## La vieja

**M**aría Caracolito y su mamá se quieren mucho.

—Son tal para cual —dice el papá un poco celoso.

Todas las mañanas María Caracolito remolonea y no quiere levantarse.

La mamá ha encontrado una fórmula mágica: le cuenta un cuento breve que se llama “cuento despertador”.

Todas las mañanas, hay uno diferente.

Como la inspiración de la buena señora es limitada, recurre a cualquier tema que le permita articular algo medianamente interesante.

Un día en que había perdido sus chinelas, la

mamá inventó la historia de una vieja que perseguía a los chicos con una chancleta.

A María Caracolito le fascinó el cuento, y no se sabe bien por qué, identificó a la vieja con la directora de su jardín de infancia, que es buena como el pan.

—Si llego tarde, la directora, ¿me pegará con una chancleta?

Algo así debió haber preguntado la niña, porque desde ese día, la vieja y la directora fueron una misma persona.

Tiempo después, la tía Rosa llevó a María Caracolito al jardín de infancia, porque mamá no podía.

En la puerta estaba la directora que, fuera de lo acostumbrado, vigilaba la entrada.

—¡Tía Rosa, tía Rosa, ahí está la “vieja” de la chancleta!...

La directora escuchó y miró sorprendida.

Rosa empalideció de vergüenza y ensayó un gesto de reprimenda.

Caracolito terminó de “aclarar” las cosas.

—Yo no, tía, lo dice mi mamá.

Entrada al taller.

Caracolito llega tarde. La maestra le dice:

—Vamos que es tarde, ¡entra volando!

—Volando no, porque no tengo “salas”.

## Convalecencia

A

María Caracolito la han tenido que operar.

No le dolió nada, porque la durmieron y cuando se despertó, ya había pasado todo.

Eso sí, estará internada una semana para ponerse bien.

—Tendrás que tener paciencia María Caracolito —le decía la mamá— en unos días te sacarán todos los tubitos.

La maestra la fue a visitar.

María Caracolito le pidió algo inesperado.

—¿Me podrías dibujar en la cama, con todos los tubitos y las vendas que tengo puestas?...

—¡Claro que sí! —dijo la señorita y tomó un papel y lápices que había en la mesa de luz.

La dibujó minuciosamente, con su camisón rosa, los tubitos que tenía en los brazos, la venda que tapaba la herida, una manguera muy delgada que pasaba por su nariz, y finalmente se llevó el dibujo, después de prometer a María Caracolito que la llamaría por teléfono a menudo

Dos días después, la niña le pidió que borrara del dibujo el tubito que pasaba por la nariz, porque ya se lo habían quitado.

Al otro día, tuvo que borrar con una goma la sonda con suero de los brazos.

El último día de estadía en el sanatorio, la maestra fue a visitarla llevando el dibujo, y antes de irse, borraron la venda, la cama, y dibujaron una niña feliz que atravesaba la puerta camino a su casa.

## Delfines

**M**aría Caracolito y sus hermanos visitaron las orcas y los delfines que viven en un gran acuario, cerca del mar.

—¡Me mojó, mamita, me empapó!... —gritó feliz la niña.

La enorme ballena blanca y negra emergió de las aguas, tocó la campana de bronce con su boca y cayó pesada como una montaña, esparciendo litros de agua entre la concurrencia que ocupaba las primeras filas.

María Caracolito temblaba como una hoja en el viento.

Federico aplaudía al mismo tiempo que las focas y ponía la boca en forma de trompeta,

para aullar igual que ellas. Matías estaba pegado a su hermana:

—María, cuando termine el espectáculo vamos a saludar a los delfines. ¿Verdad que sí, papá?

—Intentaremos llegar hasta ellos —afirmaba el papá—, pero no sé si lo lograremos porque hay muchos chicos. El show de los delfines fue maravilloso.

—Son como perros del mar —decía Federico—; les gusta jugar con las personas.

Aún no habían terminado los últimos aplausos, cuando la familia se ubicó frente a la puerta de acceso a las piscinas pequeñas, donde los delfines se ofrecen a las caricias de los niños.



—¡Qué suerte que nos tocó primero! —comentó mamá que estaba disfrutando muchísimo.

Cuando llegó el momento de tocar la piel mojada de los animales, María Caracolito se estremeció con un gesto de rechazo.

—¡Vamos hijita, no tengas miedo! —dijo papá.

Los delfines sonreían y emitían sonidos agudos y alegres, como si quisieran hablar.

María Caracolito finalmente acarició el lomo oscuro mientras se reía a carcajadas.

Su risa era una campanilla de felicidad.

Muy lejos de allí, en las orillas del Mar Mediterráneo, en las cálidas costas del sur de Estados Unidos, en Cuba y en alguna otra parte que todavía no conozco,

hay delfines especialmente adiestrados para ayudar a los niños diferentes.

Los enormes mamíferos del mar los estimulan, abriendo nuevos caminos de esperanza que nadie jamás soñó.

Los delfines ocuparán un lugar importante en la vida de María Caracolito. Pero ella no lo sabe, porque es algo que ocurrirá en otro libro, dentro de un tiempo.

Treinta y ocho grados a la sombra.  
Caracolito se abanica con las manos:  
—¡Qué frío!...

## Tía Rosa

Tía Rosa viene de visita cuando hay algún acontecimiento.

A los chicos les gusta verla, porque trae cosas ricas que ella misma hace.

Todos están de acuerdo en que es cariñosa y divertida... pero un tanto anticuada.

—¿Cómo le va a mi pimpollito de alhelí? —le dice a Federico que ya no se siente un niño y le da vergüenza.

Además, confunde el ordenador con la televisión.

—¿Estás escribiendo en la tele, Matías?

Un día, mientras esperaba el regreso de los niños, que estaban en la piscina, mamá le

contó acerca de los progresos de cada uno, y especialmente los de María Caracolito, que había aprendido a nadar como un delfín.

—¡Hola, María! ¿Cómo estás? —saludó a la niña—. Me contó un pajarito que has aprendido a nadar estupendamente.

—¡Mentira! —dijo la niña— ¡Los pajaritos no hablan!...



## Interesante

Un domingo, María Caracolito veía la televisión con su mamá, acurrucada en el sillón.

Federico y Matías habían ido al parque a jugar con la pelota.

El programa trataba de los insectos y su vida secreta.

María Caracolito se aburría un poco, así que comenzó a molestar a Chispa que soportaba los tirones de cola y de oreja, respondiendo solamente con un tímido refunfuño de protesta.

—Basta, María Caracolito, deja en paz a Chispa. Quiero ver esto que es muy interesante. No me distraigan.

Días después, yendo a la escuela con su mamá se encontraron con una vecina, y la charla fue inevitable. Al rato, María Caracolito tiraba del vestido de su mamá, anunciando que quería seguir caminando.

—Ya nos vamos hija. Espera, que la señora está terminando de contarme algo interesante.

Por otra parte, cada vez que tía Rosa se sienta en el sillón, pasa horas sin hablar leyendo libros, mientras María Caracolito espera que termine, para jugar.

—Ya voy, cielito, tendrás que disculparme. Esta página está demasiado interesante como para dejarla.

Un fin de semana, papá propuso ir a la Feria del Libro.

—Ya verán niños, qué bien la van a pasar. Iremos a algún espectáculo, compraremos libros de cuentos, tomaremos algo en la cafetería...

—¿La Feria del Libro es interesante? —preguntó en su media lengua Caracolito.

—Claro hija, es muy interesante.

—¡Entonces no quiero ir!... lloriqueó María Caracolito, ante el asombro de todos, mientras pensaba: “¡cada vez que en casa hacen algo interesante, yo me aburro...!”

## La pesca

—**N**o, Caracolito no. ¡Se pone muy nerviosa y no se queda quieta!

—rezongó Matías mientras subían al bote.

—Lleven a su hermana, no sean egoístas

—aconseja mamá mientras la sienta en el medio de una tabla.

Era un día de sol en la laguna. Luego de muchas recomendaciones y bajo promesa de no alejarse de la costa, los tres hermanos, Federico, Matías y María van a pescar solos. Chispa no tiene permiso para navegar; queda ladrando como un loco en la costa, intentando meterse en el agua y retrocediendo. Caracolito “colabora”, llamándolo. Ella se mueve mucho, y el bote galopa sobre el

agua mansa.

—¡Basta, Caracolito, o te llevaremos de regreso!

—amenazan los varones.

Una vez detenidos, Federico inaugura la pesca con una carpa de buen tamaño.

Matías no tiene pique; trata de cambiar su mala suerte tirando el anzuelo una y otra vez.

María Caracolito está entretenida en revolver las lombrices con su índice, como si en el frasco hubiera una bebida con cubitos de hielo.

Un grito de Federico quiebra la paz.

—¡Matías eres un tonto, enredaste tu hilo con el mío!...

Gran nudo, laberinto indescifrable que deja sin efecto la pesca.

Está la caña de María, pero la niña la agarra como si fuera un salvavidas.

Federico, enfurecido con su hermano, se sienta en popa con la mirada fija en el agua.

Matías se enoja también, intentando disimular que él tiene la culpa por no dejar quieta la caña.

—¡Se terminó el paseo! ¡Jamás podremos desatar esto!

—dijo Federico masticando las palabras, disgustado.

De pronto, la niña se pone a desenredar los hilos.

Con enorme paciencia, maneja sus dedos cortos y desteje los complicados “lazos”. El panorama se aclara.

Federico y Matías no lo pueden creer.

Cuatro ojos vigilan el minucioso trabajo.

¡Listo el pollo y pelada la gallina!...

—¡Caracolito es una campeona de los nudos! —gritan los hermanos a papá y mamá que desde la orilla trataban de ver qué estaba pasando en el bote.

## Bronquitis

**M**aría Caracolito enferma frecuentemente.  
Ahora está con bronquitis.

Tiene que faltar al jardín, así que una de las maestras viene a visitarla y hacen la tarea juntas. Ya no tiene fiebre como ayer, pero su mamá no se separa de su lado.

Instalado debajo de la cama, el perro dormita y de vez en cuando suspira de aburrimiento, pero no sale.

Federico le regaló un libro de cuentos a su hermana y todo el que pasa por la habitación está obligado a leer una página por lo menos.

La niña lo hojea, sin conseguir descifrar una sola letra.



Pero quiere confundir a Matías, y finge leer el cuento de “La Bola de Oro”, siguiendo los renglones con la mirada.

Tantas veces le han repetido el cuento, que ya lo recita de memoria sin equivocarse. Su hermano alucina.

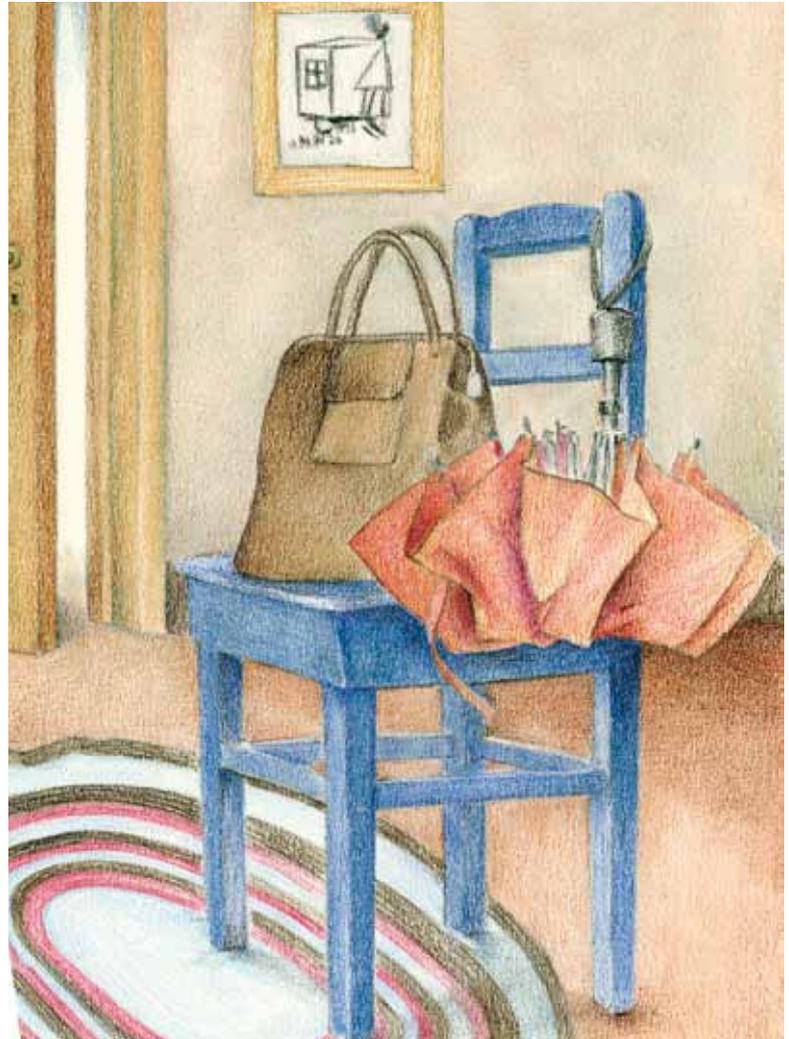
—¿Cuándo aprendiste a leer?

—Ayer, en la televisión —contesta ella con cara de inocente.

Mamá dice que aprenderá cuando entre en la escuela primaria, pero falta bastante tiempo para eso. La niña es un barco de vela con “poco viento”, que avanza lentamente.

Tal vez pueda entrar a la escuela cuando tenga ocho años.

Caracolito tose, y Matías aprovecha y ensaya una carraspera, para ver si consigue que su mamá lo deje faltar a la escuela al día siguiente.



## La foto

**E**l papá de María Caracolito viene mucho a mi casa de visita, y la niña lo acompaña.

Nada más llegar, ya se siente muy cómoda.

Primero hace lo que más le gusta: tomar agua fría de la maquinita que tengo en la cocina.

Ella adora apretar el botón celeste y nunca se confunde con el rojo, que es de agua caliente.

Cuando termina de servirse el vaso, espera el momento en que el enorme tonel hace igluc!, y carga el agua faltante en el pequeño refrigerador.

La burbuja gigante, sube y desaparece en la superficie.

¡Qué pensará María Caracolito mientras observa atenta la esfera de agua transparente!...

Enseguida sube a la terraza para saludar a Amanda, mi enorme tortuga.

Un día me sorprendió:

—¡Esa soy yo, Pipo! —comentó cuando vio sobre la mesa de mi ordenador una de las ilustraciones de este libro—. ¡Me sacaron una foto con el lápiz!...

Ni el papá ni yo podíamos creerlo. ¡Se había reconocido en un dibujo!...

Lo más gracioso ocurrió cuando me entregó el regalo que me mandaba su mamá. Yo tenía que preguntar: ¿qué es esto?, y ella debía contestarme: un regalo sorpresa.

Así se lo habían indicado varias veces.

Pero María Caracolito es impredecible.

—¿Qué es esto? —pregunté.

—¡Una sorpresa de libro!... —dijo mientras me daba el paquete cerrado.

## Rueditas

La última bicicleta que se compró en la casa fue para María Caracolito.

La niña tardó muchísimo tiempo en coordinar el pedaleo con el movimiento del manillar.

El tema del equilibrio no fue tan complicado porque la bicicleta vino con ruedas pequeñas atrás para facilitar las cosas.

María Caracolito navegó en velero con viento de costado varios días.

—¡Caracolito, no vayas tan rápido si no estás bien derecha! —gritaba mamá, cuando la llevaba a la plaza a practicar.



Caracolito se mecía como un muñeco “tente en pie”.  
Se cayó una sola vez.

La nariz le sangró un poco y se raspó los codos. ¡Pero lloró como si se hubiera roto la pierna, el brazo y las orejas!

Pensaron en quitarle la bicicleta hasta que fuera mayor, pero no fue posible convencerla.

María Caracolito empezó a mejorar como piloto de bicicleta y en poco tiempo se trasladaba como un mensajero.

—¿Cuándo podremos sacarle las rueditas?

—preguntaba papá cada vez que la veía pasear.

—Estoy segura que el año que viene te sostendrán sin ayuda —comentó la tía Rosa.



¿Por qué estarán tan apresurados los grandes?  
Faltaban pocos días para que María Caracolito  
cumpliera siete años.

Un día estaba en la plaza andando en “bici” con sus  
hermanos, cuando se acercó a papá y mamá que leían  
el diario en un banco.

—Puedo andar sin rueditas —dijo.

Papá consiguió un destornillador y quitó las rueditas.  
Era un momento histórico para la familia.

Federico y Matías abandonaron su paseo y se pusieron  
uno de cada lado de la niña, como si le hicieran guardia  
de honor.

—Ya anduve sin rueditas en la bicicleta de Clara —dijo  
María Caracolito mientras se sostenía con las piernitas

abiertas y las manos firmes en el manillar.

—¡Preparada, lista, ya!... —gritó Matías y Caracolito tomó impulso y comenzó a pedalear.

Apenas dos o tres zigzagueos sin consecuencias y la niña se mantuvo derecha.

—¡Bravo hija, bravo! —aplaudía papá, convencido de que, por lo menos, María Caracolito se había clasificado para el Mundial...

Todos la siguieron con la mirada mientras daba la vuelta completa a la plaza.

Federico y Matías la acompañaron unos metros y, seguros de que no los necesitaba, aflojaron la carrera y quedaron observando.



Cuando regresó junto a los suyos, Caracolito fue recibida como si volviera de un safari.

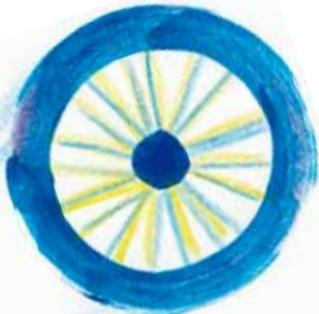
—¡Vieron que sé andar sin rueditas! —exclamó.

Todos aprobaron con mirada de asombro feliz.

—Papá —dijo tranquilamente—, ¿me pondrías de nuevo las rueditas, por favor?

—¿Por qué...? —preguntó mamá sorprendida.

—¡Porque me gusta mucho usarlas!... —respondió Caracolito.



María Caracolito viaja en autobús.

Una señora desconocida la mira con simpatía.

Sin previo aviso la niña se dirige a ella:

—Mi hermano Federico me dice cuatro ojos.

## La bicicleta

Mi bicicleta traza,  
huella muy fina.  
Igual que una “S” chata  
que no termina.  
Las ruedas como  
gafas de gigante.  
Zapatos de metal  
son los pedales.  
Me lleva a pasear  
si pedaleo.  
esfuerzo grande  
para un minuto de recreo.  
Con el impulso  
sigue sola sin notar,





que hace un ratito  
dejé de pedalear.  
En el manubrio  
yo le puse un banderín  
y una bocina  
que parece un clarín.  
Me la compraron  
porque soy un chico bueno.  
Hasta aquí llega esta poesía;  
aprieto el freno.

## El chofer

Los padres de María Caracolito siempre hablan sobre su futuro. Les interesa saber si podrá trabajar cuando sea grande.

—Yo creo que sí —afirma mamá—. Hay muchas actividades que ella podrá desarrollar.

—Esa nena es una caja de sorpresas —dice tía Rosa.

—Lo importante es que pueda entrar a la escuela primaria, para que aprenda a leer y a escribir. el ordenador le encanta, estoy seguro que por ahí se abrirá un camino.

Los hermanos a veces participan de las charlas. Federico, que la protege mucho, tiene una duda que lo aqueja permanentemente:

—Papá, ¿María Caracolito podrá manejar un  
automóvil?

—No lo sé hijo, será difícil; no digo imposible,  
pero difícil.

—No tiene ninguna importancia eso

—pronostica Matías con voz de sabiondo—.  
Cuando sea grande, pienso ser su... ichofer!

## Nombre completo

**P**ara los chicos de la casa, tía Rosa es simplemente, tía Rosa.

Así la llaman y así la llamarán eternamente.

Tía Rosa siempre está dispuesta a colaborar en lo que se necesite, y semanalmente acude a visitar a la familia.

Cansada de viajar desde tan lejos, la señora vendió su casa de provincia y se vino a la gran ciudad, cerca de Caracolito, que es su debilidad.

El día que fueron a escriturar el nuevo apartamento en la oficina del notario, María Caracolito la acompañó, junto con su papá y mamá, porque tía Rosa tenía que llevar mucho dinero y no debía ir sola.

—¿Usted es la señora Rosa Susana María Pérez de Páez? —preguntó el notario antes de comenzar con las firmas.

Pasó una semana hasta que le entregaron la nueva casa, otra semana más en la mudanza y otra, y otra, hasta que fueron meses.

Una tarde, tía Rosa le llevó al zapatero unos zapatos para reparar. El hombre preguntó:

—¿A nombre de quién hago la factura?

—Rosa Susana María Pérez de Páez —dijo Caracolito con toda naturalidad.

## Fiesta de Primavera

**L**a música está sonando en el patio del jardín de María Caracolito. Hay ensayo general para la fiesta.

Los chicos se mueven al compás, llevando cintas de colores en sus manos.

Todos extienden los brazos hacia lo alto y las cintas trepan en el aire y se desmayan.

Hay una cinta que va a destiempo.

—Esa chiquita no hace bien su parte —comenta una mamá que está observando.

—Tanto esfuerzo para que una sola niña arruine todo —agrega otra.

María Caracolito se mueve con mucha gracia.

Su cuerpecito macizo vibra con la música como



una rama en el viento. No está fuera de ritmo, simplemente, le cuesta lograr que la cinta se deslice junto con las otras del grupo.

Hay una maestra auxiliar que ayuda a algunos

chicos que también tienen problemas. Da su mano a María Caracolito, y al cabo de un tiempo, las cosas empiezan a andar un poco mejor.

No podemos decir que nuestra amiga sea una gran bailarina, pero su actuación es aceptable.

El día de la función, el patio está repleto de papás y de mamás.

Los chicos esperan el momento de aparecer.

Primero las maestras cantarán con guitarra, y luego les tocará a ellos.

María Caracolito tiene su cinta amarilla en el bolsillo, planchada y doblada.

Se escucha la música y todos los chicos van entrando a escena. Las maestras los estimulan haciendo lo mismo.

—¡Todos al suelo! ¡Arriba las piernas! ¡De pie!

—ordenan.

El público aplaude con entusiasmo.

De pronto, ocurre algo inesperado.

María Caracolito mira a todos los presentes, saca su cinta antes de tiempo, y la menea en el aire, para arriba y para abajo, girando y girando como un trompo.

Actúa sola.

Todas las miradas están puestas en el número de la niña.

Una abuela aplaude entusiasmada y pronto la sigue el resto de la gente.

Caracolito está muy excitada. Los chicos toman conciencia del cambio en la coreografía y dejan de moverse para mirarla.

María Caracolito vive su apoteosis.  
Termina la música, y la niña saluda al público  
tirando besos.  
Pasa mucho tiempo hasta que se tranquiliza.  
En la galería, fuera de la vista del público, sigue  
cantando y moviendo la cinta. La maestra  
les dijo a los papás que más adelante debería  
aprender a tocar un instrumento.  
Durante varios días, la niña repitió el show en su  
casa.  
—Es toda una artista —afirmó la tía Rosa con  
orgullo.

## Contagios

Federico está triste porque un compañero de la escuela le dijo que su hermana no era igual que el resto de los chicos.

Eso no tendría importancia, porque Federico lo sabe, y ya lo aceptó hace mucho tiempo.

—Mi hermana no nació enferma de nada. Ella es así —dice.

Lo que le duele más, es que algunas personas menosprecien a María Caracolito, considerándola inferior a los demás.

El tema del ingreso en la escuela primaria es espinoso. Ya es hora de que la niña salga del jardín de infancia y camine hacia adelante. En el taller está muy cómoda, pero necesita un

desafío verdadero para crecer.

Hay padres que se oponen a que entre en primer grado, porque creen que María Caracolito puede transmitir su lentitud a los otros.

La directora de primaria se reunió con algunos y recibió opiniones diferentes:

—En el jardín no hay problema, pero la escuela es otra cosa. Será difícil para ella.

—Si tarda tanto en aprender algo, la maestra perderá el tiempo con ella y nuestros hijos también.

—Mi niña pequeña habla mal, imitándola.

—Esta escuela no está preparada para recibir chicos especiales.

Otros papás piensan que María Caracolito debe ingresar en la primaria, porque será muy bueno para ella y para los otros chicos “comunes”.

—Quiero que mi hija aprenda algo más que a leer y contar —dice un papá—. Cuando mi hija sea capaz de compartir su vida con las personas más diversas, sabré que está bien educada.

—Todos los chicos tienen derecho a intentar aprender; me parece bien que María Caracolito vaya a la escuela —agrega otro.

Todavía no se han puesto de acuerdo.

Mientras tanto, María Caracolito no tiene asegurado su banco en primaria.

—Mi hermano se puede contagiar y enseñar la lengua como tu hermana —dijo un chico a Matías.

—Yo vivo con ella y nunca me “contagió” nada; además tu hermano dice malas palabras y se porta mal. Pensando así, María Caracolito podría contagiarse de él —replicó Matías.

## La evaluación

E

l año se termina.

María Caracolito debería ir a la escuela primaria. Ya tiene siete cumplidos y aún está en el jardín. Ha madurado lo suficiente como para enfrentar exigencias nuevas.

Como un paracaidista, en el medio del patio cae una inspectora a evaluar el desarrollo que han adquirido los niños.

Hay preguntas para todo el mundo, y la buena señora anota las respuestas en un cuaderno engordado con papeles sueltos que siempre lleva con ella. Cuando le toca a María Caracolito, las maestras ponen mucha atención. Quieren saber cómo se comportará la niña, ante la expectativa que se ha

despertado. La maestra especial contiene la respiración.

—¿Ahora es de día o de noche? —pregunta la mujer.

—De noche —contesta Caracolito mirando el límpido cielo matinal.

—Esta pelota, ¿es redonda o es cuadrada?

—Cuadrada.

—¿De qué color es mi vestido? ¿Azul o amarillo?

—Amarillo —vuelve a equivocarse la niña, mientras la inspectora se alisa con la mano su vestido azul como el mar azul.

—Está bien, hemos terminado. Adiós —le dice, y escribe algo en su cuaderno.

—Adiós —responde María.

La niña camina unos pasos; se vuelve sobre sí misma y repentinamente se dirige a la mujer y le dice:

—¡De día, redonda y azul!...



## Navidad

—**M**aría Caracolito, ¿serás la última en terminar? —pregunta la mamá mientras observa a los niños que arman el árbol de Navidad.

Han dividido toda la superficie a cubrir en tres sectores. El más alto para María Caracolito, que insistió en subir en la escalera y no hubo quien la hiciera cambiar de idea. El medio para Matías y el más bajo para Federico, que está terminando de poner las últimas esferas brillantes en su sector. Las ha colocado con precisión y lucirán perfectas. Matías no se queda atrás. Casi termina.

—A mí me parece que los días de Caracolito tienen cincuenta horas —comenta Federico, que

siempre repite lo mismo.  
—¡Tendrás que apresurarte  
Caracolito o tu parte  
no quedará terminada  
antes de que suenen las  
campanas!...  
Caracolito hace un mohín  
de desprecio y sigue  
colocando las esferas en  
cámara lenta, encara-  
mada en la escalera.  
Federico que ya ha  
concluido le ofrece  
ayuda. Pero ella lo  
mira seria y lo rechaza,  
amenazándolo con una



pierna que levanta en el aire.

—¡Bueno niños, hay que ir terminando, es hora de bañarse y cambiarse la ropa! ¡Pronto llegarán los abuelos! —anuncia la mamá.

Los dos hermanos, solícitos, ofrecen ayuda a la niña. Pero María no quiere colaboradores.

—¿Te echamos una mano? —preguntan los hermanos. Caracolito no contesta. Ha bajado y mira el árbol desde el suelo. Le faltan por lo menos una docena de esferas para cubrir su sector. Sorprendiendo a todos, comienza a enhebrar todas las pelotitas en un hilo, hasta formar un racimo grande y apretado que coloca en una rama alta. El árbol queda inclinado hacia un lado, borracho, como si hubiera brindado con mucha sidra antes de tiempo. —¡Ya terminé, chicos! —balbucea la niña con tono triunfador.

# Telegrama de Navidad

En la mañana de Nochebuena  
cuando mi madre despertó  
trajo a mi cama un telegrama  
que desde lejos me llegó.  
El telegrama brillaba mucho  
y cada letra era un farol.  
Tenía firma muy importante  
escrita en tinta de color.  
Mientras tomaba mi desayuno  
mamá contenta me lo leyó.  
Todas las letras se hicieron notas  
y el telegrama fue una canción.  
Voy para allá  
a alegrarte el corazón.



Seré puntual  
espérame por favor.  
Justo a las doce  
cuando oigas el clamor  
de las campanas  
en tu puerta estaré yo.  
Soy Navidad  
y mi nombre tiene sol.  
Voy para allá  
a alegrarte el corazón.  
Pondré una estrella  
que vigile tu balcón  
y un arbolito  
que dé frutas de turrón.



# Búsqueda

En la escuela aprendí.  
Sé leer claro.  
Sumo y resto las cifras.  
Multiplico.  
Interpreto la hora,  
el calendario,  
dibujó bien la letra  
cuando escribo.  
En el recreo juego.  
Pierdo y gano.  
Canto con los demás.  
No desafino.  
Sólo quiero que sepas,  
no fue fácil  
lograr que sea distinto  
mi destino.

Abrir la pesada puerta  
de la escuela,  
y ser un chico más  
entre los chicos.  
Todo me cuesta mucho.  
Siempre avanzo.  
Para trabajar duro  
yo he nacido.  
Estoy acostumbrado al esfuerzo.  
Maduro como fruta  
en cada desafío.  
En la escuela aprendí.  
Me han enseñado,  
que no es diferente  
el que busca lo mismo.

## Despedida

**M**aría Caracolito se despide de todos sus amigos, esperando volver a verlos muy pronto.

Le gustaría muchísimo jugar con ellos en la plaza, un día de sol. También, pasar momentos gratos en los cumpleaños y en todo lugar donde haya otros chicos.

Después de trabajar duro, y realizar esfuerzos grandes, María Caracolito ha logrado hablar bien, y su lengüita no asoma más entre los labios.

Adquirió habilidad para dibujar, recortar, y realizar hermosas manualidades.

Hace gimnasia, juega con el ordenador, cuida sus pertenencias, nada en la piscina, puede cocinar

algo sencillo y ayuda perfectamente a su mamá con las tareas de la casa.

Sigue concurriendo por las tardes al taller especial.

María Caracolito acaricia un sueño: ir a la escuela primaria. Llegar a ese objetivo sería fabuloso para ella; sólo allí logrará crecer verdaderamente, porque aparecerán desafíos ciertos.

María Caracolito quiere aprender a leer y a escribir.

¡Estoy seguro de que lo logrará!

María Caracolito, Julia Díaz y Pipo Pescador les dicen:

¡Hasta el año que viene!

Los años nuevos llegan para cumplir los deseos, y el tiempo transcurre para que los niños se puedan volver grandes.



***María Caracolito posó varias veces para que Julia Díaz, la ilustradora de este libro, la pudiera dibujar. El último día decidimos salir juntos los tres, y aquí estamos, enviándoles un saludo cariñoso y deseando que el libro les guste mucho. ¡Que sean felices y coman perdices!***

